

EL SIGLO DE LOS TOTALITARISMOS, LIBRO RODRIGO QUESADA

ARTICULOS:

FROILAN ESCOBAR
GUILLERMO PAZ
CARLOS MORALES
MARIO OLIVA



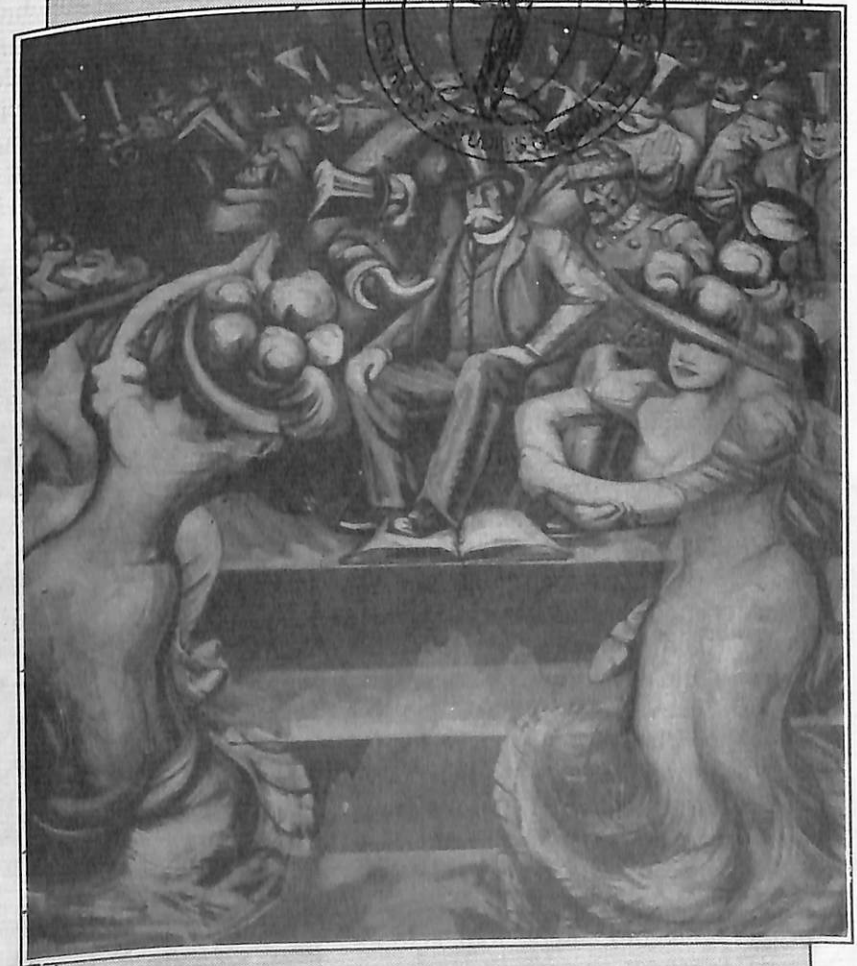
El Centro de Estudios Generales siente como una de sus responsabilidades académicas propiciar el conocimiento y la difusión del pensamiento y la producción de autores costarricenses. Por eso se ha preocupado por organizar diferentes actividades: conferencias, mesas redondas, tertulias que le permitan hacer realidad ese propósito.

Dentro de ese marco presentamos hoy los comentarios de valiosos intelectuales sobre la obra del Dr. Rodrigo Quesada **El siglo de los totalitarismos**, obra importante que analiza un período reciente de la evolución histórica en occidente. Esperamos que estos aportes contribuyan a enriquecer el diálogo de nuestro tiempo.

TOPICOS DEL HUMANISMO

AGOSTO DE 1994

Nº 6



ARQUEOLOGIA DEL OLVIDO

Froilán Escobar (escritor)

La Historia, esa primera madre de todas las ciencias, tan vieja como la memoria humana, dista mucho de ser todavía, en verdad, una biografía del mundo, sino más bien de una parte de él. O mejor de aquellos estados o naciones poderosas en los momentos en que, haciendo uso de su poder, engullen, se reparten o compran tierras y mercados. Porque la historia, como ya se ha dicho, la hacen los pueblos, los marginados, los que no tienen voz, pero la escriben (o la mandan a escribir) los dueños de la escritura, que son también los dueños del poder global y los que fijan, por tanto, las reglas del juego en un contexto de discriminación que les permite glorificar y justificar sus crímenes, disfrazándolos, como es natural, de «guerras santas» para extirpar idolatrías, para «proteger sus intereses», o para introducir la modernización dependiente, como es el caso de la historia contemporánea de todos los países latinoamericanos.

Los pueblos pobres o pequeños no pueden darse el lujo de tener historia. La historia que nos han enseñado es la historia del poder, y este a la hora de afinarse, se inscribe incluso en el mismo lomo del paisaje. Colón, desde el primer momento, cambia toda la toponimia, la rebautiza con nuevos signos. Los antiguos nombres, asentados en la memoria colectiva, seguirían existiendo, pero ya sin valor legal, pues la nueva legalidad instaurada por la conquista se remite exclusivamente a la escritura del conquistador, el cual, en su frenético desespere por dejar sus huellas en cualquier superficie del mundo conquistado, no vacila en llegar al extremo de marcarlas en las propias caras de sus pobladores. De tales prácticas de «domesticación» da fe el autor de la *Historia de los Indios de la Nueva España*, el franciscano fray Toribio de Motolinía, quien atestigua que: «dábanles por aquellos rostros tantos letreros demás del principal hierro del rey, tanto que toda la cara traían escrita, porque de cuantos era comprado y vendido llevaba letreros».

La Historia de América es la historia de la ignominia. Entrar en la historia fue, para nuestros pueblos, entrar en el horror. Pero lo más terrible de todo, es que entramos, pero aún no hemos salido.

Ser indio en este momento en nuestra América, es ser heredero de una cultura, y también de una doble tragedia: la de alguien que después de haber sobrevivido a 500 años de «civilización», sigue sin tener derecho al presente, y para colmo, cada día tiene menos derecho a su pasado. Porque ese pasado, se supone, murió -o se lo murieron- cuando Colón andaba por estas tierras haciéndoles el favor de descubrir el mundo. A partir de entonces, como todos sabemos, los indios fueron repartidos generosamente en encomiendas, para cristianizarlos y para que tuvieran el honor de trabajar para sus descubridores, buscando oro en los ríos y en las minas, sin autorización, claro está, a que por devaneos de fatiga se les cayera la canasta de las manos -porque les cortaban las manos-, y mucho menos, por supuesto, a declararse rebeldes y evadir sus obligaciones huyéndose a las montañas a título de cimarrón. Tal exaltación del ocio se castigaba con la hoguera.

Pero ahí no termina el asunto. Tampoco se aceptaba que fueran a rendirle a escondidas tri-

buto a sus dioses. Los que cometían tamaños desafueros eran acusados de brujos, de impíos, de sacrílegos, de herejes y de un montón de cosas más, todas terribles. Para sobrevivir no quedaba otro remedio que mimetizarse, que acogerse a los nuevos dioses. Y nada de desobediencia. Nada de decir que el hombre fue hecho de las semillas



del maíz, como aseguran sus mitos y leyendas. Esas historias las cuchichea el demonio y, por tanto, las tenían que callar o se las hacían callar (era mucho el poder de convencimiento de la civilización). La única salida era optar por disfrazarlas, por vestir a sus dioses con las ropas y los nombres (ah transculturación) de los nuevos dioses, y que pasaran así, inadvertidos, bajo el ojo del amo, llámese colonizador o misionero, el que, además del bautizo y las prédicas evangelizadoras, conocía muy bien otros medios de probada eficacia para extirpar ese mundo de idolatrías y supersticiones, es decir, de maneras distintas de ver el mundo.

Pero los indios, al igual que los negros, a pesar de la esclavitud, a pesar de las epidemias atraídas por los europeos, a pesar de las agresiones y maltratos, a pesar incluso de la ocupación de sus lenguas autóctonas para introducir nuevos códigos religiosos, se resistían, tercamente, a la domesticación. Seguían acudiendo a sus ritos ancestrales a la hora de nacer o de morir, seguían conservando oralmente sus tradiciones y su historia, seguían aferrándose a su cultura.

Durante 500 años se ha intentado reducir su presente, estrechando cada vez más su espacio vital, amputándoles su pasado, condenándolos a la marginalidad. Ninguno de los pueblos indios de América escapa a esta historia, ni a la que viene después con la expansión de las transnacionales, la proliferación turística y el precarismo agrario.

Cabe decir aquí, con Benedetto Croce, que toda historia es historia contemporánea. La historia de América Latina y la del Tercer Mundo en general, fue y sigue siendo, entre otras cosas, la historia del saqueo de sus tierras, de sus riquezas

y de su historia. La diferencia que media entre todo lo que la historia ha dicho y todo lo que la historia ha callado, es proporcional a la relación que guarda el iceberg entre la parte que asoma y la que se oculta debajo del mar.

Nuestro amigo Rodrigo Quesada Monge se ha propuesto la ardua elaboración crítica de ubicar la experiencia americana del último siglo dentro del marco de los acontecimientos de una modernidad enajenada por una larga historia de mentiras, silencios y complicidades. Es decir, se ha planteado escribir un texto apropiándose de los contextos del orden universal con una óptica americana, para afirmar nuestra presencia a partir de un lenguaje que se niega a caer en el mero gusto comparativo, en «certidumbres» o a contentarse con el simple disfraz de lo real, que lleva casi siempre a lo frívolo o desarraigado, y que convierte a los seres humanos en bienes de consumo, cuando se dice, por ejemplo: «Sonría, contribuya con el paisaje», para mostrar a los turistas, de manera epidérmica bufonesca, lo que se pretende más atractivo de nuestro mundo.

Su lenguaje es el de la apertura, el de la visión plural del tiempo y el de los movimientos humanos, pensando que ser latinoamericano hoy es ser contemporáneo de todos los hombres, porque los niños (por suerte) ya no vienen de París. Europa ha dejado de ser centro. La universalidad se ha desplazado de tal manera que ahora, como quería Guimarães Rosa, pasa inclusive por el patio de nuestras casas. Nos reconocemos no en todo lo que la historia ha dicho, sino en todo lo que la historia ha callado. Ningún «destino manifiesto» puede ser nuestro destino. El peligro en nuestros días es que asistimos a un nuevo fanatismo diseminado a nivel mundial, que atenta contra el ser y el deber ser, como advierte Cintio Vitier, de nuestra identidad, y que seduce a sus consumidores para que los niños vengan como las muñecas Barbie del «american way of life».

El libro de Rodrigo se lee como una novela apasionante, en la que asistimos -como en un mural de Diego Rivera-, a múltiples y vertiginosas escenas, intrigas y personajes de este arduo y abacador acontecer que parece dormir en una galaxia de fechas, nombres y batallas (como la Hispano-Cubano-Norteamericana, en que por error queda omitida Cuba), escenas que en la realidad, desgraciadamente, sólo parecen transcurrir, como consideraba Hegel, por la primera plana de «los diarios matutinos como una especie de bendición realista de la mañana», pero no por nuestras vidas, porque la historia, al igual que el mundo, era algo inalcanzable y lejano, una mercancía de lujo que se contemplaba en las vidrieras de los museos (o en los libros) como algo terminado, concluido, conceptualizado en ella. Eramos sólo miradores de una historia que pasaba, pero que no pasaba por nosotros. Hoy, sin más armas que el juicio de la palabra, con una voluntad cada vez más consciente de concederle un espacio y un papel protagónico a esa historia inconclusa, pero deseada, que no pretende justificar el asesinato y la destrucción cotidianos, que se niega al nihilismo establecido, y que sabe que ninguna sociedad representa la culminación de la historia.

Rodrigo intenta, más que una explicación, darle un sentido, trazar su cartografía inédita dentro del ámbito universal. Su palabra puede resultar.

LA HISTORIA CONTEMPORANEA COMO DESENMASCARAMIENTO DE LAS PERVERSAS FUERZAS TOTALITARIAS DEL CAPITALISMO

Carlos Morales (filósofo)

Se puede discutir la obra de Rodrigo desde dos puntos de vista: o bien desde sus debilidades literarias, indicando, además, algunas ausencias de coherencia de tipo lógico; o bien, desde el problema cardinal que apunta el libro, y sobre el cual se despliega, a saber, la peligrosísima carencia de ser en la humanidad del hombre actual.

Frente a estas dos situaciones, la más importante, en mi opinión es la segunda. Porque la primera compete más al estilo del autor y, por ello, es más fácilmente solucionable. Pero lo otro, esa disminución en la potencia óptica del hombre contemporáneo es lo fundamental no sólo del libro del Dr. Quesada sino de nosotros, estos seres que conscientes estamos ya *ad portas* del tercer milenio. Reitero esto es lo fundamental y de lo que se nutre el texto en cuestión.

Así, pues, entrémosle al historiador de las fuerzas sociales y económicas por lo fundamental que lo sostiene y que también es, en el prisma consciente de su alma, una penetrante desgarradura existencial que lo conmueve, a veces, con intensidad hamletiana.

Casi al concluir *El siglo de los totalitarismos*, después de hacer un análisis de cómo la razón burguesa y la socialista devinieron ser histórico, el Dr. Quesada Monge concluye que, a finales de nuestra época, el espíritu burgués y el socialista oriental han reventado al hombre, dejándolo en una profunda miseria social y ontológica. Estas son sus palabras:

«El socialismo real ha cometido suicidio. Pero el capitalismo con su enorme capacidad de autocrítica, tampoco encontró salida que impida una hecatombe donde, bien lo sabemos, quienes saldrán perdedores serán los pobres. Porque si los sistemas económicos, políticos e ideológicos se hicieron para servir mejor a los pobres, este fin del siglo XX ha puesto en evidencia, de una forma contundente, que los pobres sólo podrán resolver sus problemas, cuando tengan realmente en sus manos el poder, el poder para generar sus propias respuestas. La gran tragedia de estos últimos años, es que nos hemos dado cuenta que ninguna de las soluciones que propusimos sirvió para nada. Y esto fue así porque algunos terminaron mercando con la pobreza» (p. 156).

Pero esta miseria social producida por el socialismo oriental y el capitalismo va más allá. Penetra en el alma humana y la deja seca, vacía de intenciones y propósitos superiores y, lo más peligroso, sin crítica y sin fuerzas mentales para superar la vacuidad del prosaísmo de una existencia totalitaria. Según nuestro autor, aunque el nazismo, el fascismo, el stalinismo, el falangismo español y el militarismo japonés, se encuentren reducidos a una existencia de grupúsculos que merodean los pasillos más oscuros del ser social occidental, el espíritu totalitario continúa su vigencia en el presente porque su ser es alimentado constantemente, por el movimiento antihumano de la máquina mercantil multinacional del neoliberalismo actual.

Lo sustantivo del libro está aquí. En esa demostración de que el mercado, con sus fuerzas neoliberales, incesantemente empuja al hombre a construir y reconstruir un universo totalitario: Según nuestro autor esto se debe a que en la máquina

ria económica de hoy se busca que los hombres sólo obedezcan a las órdenes de eficacia y rendimiento. Así se expresa el historiador.

«A pocas personas se les hubiera ocurrido pensar, durante la crisis de 1929-1933, que, después de la Segunda Guerra Mundial, la cual ya sentían acercarse, RENDIMIENTO Y TOTALITARISMO pudieran llegar a ser sinónimos en el argot académico y, menos aún que para el hombre de la calle iba llegar a representar un esfuerzo tan serio establecer sus diferencias prácticas. Esto ha sido así, porque la vida cotidiana del hombre promedio de nuestros días, está repleta de mensajes totalitarios sublimados para que sea lo más 'eficiente' posible. Es decir, para que rinda hasta las últimas capacidades. En estas circunstancias, nadie podría imaginarse que hoy tan totalitario es destruir un bosque, como lo fue la invasión de Polonia por las tropas nazis, al iniciarse la segunda guerra mundial en setiembre de 1939» (pp. 45-46).

De esta forma, lo más importante de la investigación de Rodrigo es esta demostración de cómo lo más genuino del mercado capitalista, *SU RENDIMIENTO Y SU EFICACIA*, constituye el punto donde se engarza con el resto de totalitarismos del siglo XX. Igual que los globalismos de izquierda o de derecha, las potencias del mercado multinacional-imperialistas se mueven con una expresión perversa de la economía y de la política. Y esto es lo que hace que el Dr. Quesada insista en denunciar, desde su conocimiento científico, que, en la tela del acaecer moderno y contemporáneo, el capitalismo, uno de los preclaros hijos de la Ilustración, tiene una tendencia muy fuerte a forjar un universo totalitario. En este sentido podemos entender las palabras del investigador Quesada cuando afirma que:

«...Totalitarismo...es consustancial al desarrollo de la cultura en Occidente...» (p. 71).

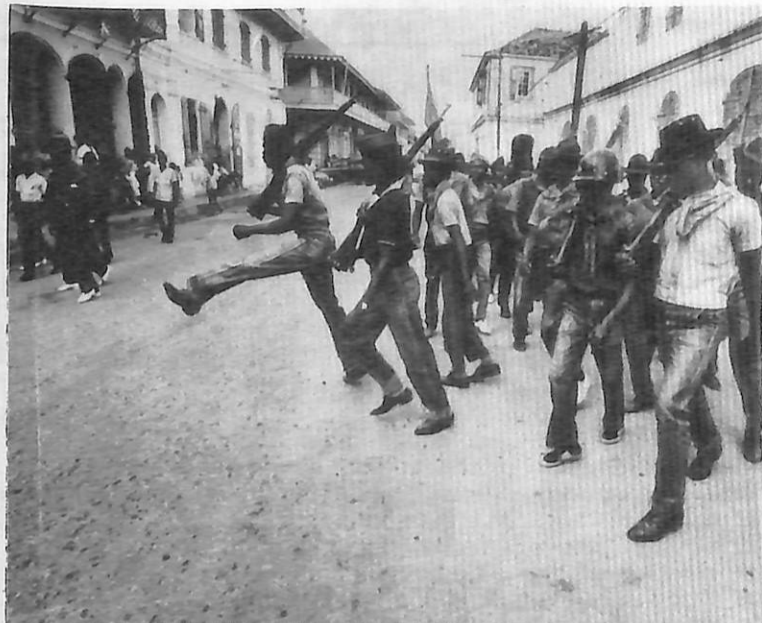
En la actualidad sociólogos, economistas e historiadores de raigambre internacional poseen de manera latente esta tesis de la inclinación perversa de la cultura burguesa. Pero pocos se han dedicado a demostrarla. Que sean muy pocos los científicos sociales que hayan enfrentado ese problema, es, de por sí, sorprendente.

Sin embargo, es más sorprendente que un hijo de este cafetal herediano no sólo lo asuma como hilo investigativo sino que, además, lo demuestra. Esto lo digo porque la mayor parte de la investigación costarricense de tiposociológico, con alguna ilustre excepción, se dedican, todavía, a sumar o restar los saquitos de café o los racimos de banano o, en última instancia, a deletrear los granitos de cacao. Mientras tanto el hombre contemporáneo se debate en este tremendo problema del perverso espíritu que la economía de mercado arroja sobre su humanidad. En este sentido, esta investigación de Rodrigo es un viento fresco que intenta hacer de la historia costarricense lo que siempre debía de haber sido un saber universal.

Unas palabras más antes de concluir. Es posible que esta verdad que Rodrigo ha demostrado, sea *«olvidada»* o despreciada -el olvido también es una forma de desprecio- por los neoliberales, sus historiadores, sus sociólogos, sus economistas, sus políticos y sus filósofos apologetas. Pero también filósofos al estilo nuestro saben muy bien que en la parte más íntima del pensamiento de la Ilustración, el problema del totalitarismo, como tendencia irresistible de la cultura burguesa, está identificado y escrito por hombres como Rousseau, Hegel, Marx, Lukacs y Sartre por un lado y, por otro, Nietzsche, Weber y Heidegger.

Veamos, brevemente, a uno de los que se mantuvieron en nuestro siglo con una intensa posición metafísica y que, además, tuvo, por poco tiempo, militancia con el nacional socialismo. Me refiero al *«Führer Heidegger»* como lo llamó Vargas Llosa*.

Ya en 1951 había renunciado a su partido y se dedicaba a seguir construyendo su obra. En un libro escrito por esos días -poco conocido entre los filósofos nuestros y más aún entre los historiadores costa-



rricenses-, plantea que nadie en Occidente sabe pensar con profundidad, porque ninguno de los que se dedican al esfuerzo de conocer puede dar razón del problema cardinal del siglo XX. Así, en *¿Qué significa pensar?*, en la *lección quinta* afirman que los científicos e intelectuales de esta parte de la historia, de este presente actual, no saben *«escuchar en dirección a su propia esencia»* (Heidegger. *¿Qué significa pensar?*, Nova, Buenos Aires primera edición. Quinta lección, p. 50).

Quiero resaltar eso que Heidegger dice como crítica de nuestra época: sus científicos e intelectuales no saben pensar porque no saben escuchar el mensaje de la esencia en la que viven. Es decir sus mejores mentes están siendo controladas para que no vean el núcleo fundamental de su existencia, para que huyan de lo que realmente es esta trágica historia contemporánea de Occidente. Una característica del pensamiento de hoy es el no saber ni querer descubrir lo esencial de la historia del presente.

Sin embargo, Heidegger dice algo más. Afirma que no sólo es posible llegar hasta eso que es presente en la historia del siglo XX, sino que ya Nietzsche lo hizo. Y el alemán, ex nazi, cita al irracionalista Nietzsche, fundador de la poética doctrina del brutal superhombre: *«El desierto está creciendo; desventurado el que alberga desiertos»* (Nietzsche citado por Heidegger en *¿Qué significa pensar?* Ob. Cit.).

Nietzsche se consideró a sí mismo uno de los más feroces críticos de la Razón en Occidente. Su posición se debe a que ve en la racionalidad, nacida ya entre los griegos, algo que esclaviza las potencias creadoras físicas y psíquicas del hombre. Y en particular, ve que, en su época, el cristianismo, el socialismo y el capitalismo envilecen al individuo humano porque lo mecanizan y lo masifican.

Aclaremos más una situación. Nietzsche al afirmar que *«desierto está creciendo»* lo dice de su Europa que vive los últimos años del XIX. De la Europa donde ha triunfado el capitalismo y su cultura burguesa. Es, pues, a esa aridez espiritual, a esa arenización de lo humano por parte del capitalismo, lo que identifica el creador de zaratustra como la bancarrota del hombre moderno. Insiste una vez más: En Nietzsche ya está la percepción de que la postración y la anulación humanas, en su época, se debe a que ese es el resultado final que proporciona el movimiento del espíritu burgués, a través de la incesante mecánica de producción social de riqueza.

Se puede ver, entonces, que Rodrigo, igual que los grandes filósofos del diecinueve y el veinte, se ha enfrentado con el problema más importante de nuestra época, desde el área del saber empírico de la historia. Ha convertido en cuestión científica algo que era problema de filósofos. Y eso es mucho decir de un hijo de esta aldea. Por eso, afirmo que, *El siglo de los totalitarismos (1871-1991)*, aprende y también nos enseña a pensar en nuestro presente que, a final de cuentas, querramos o no, es lo único que nos interesa porque es lo único que tenemos como realidad sensible, como existencia real, como vida concreta. Lo demás es pasado, polvo histórico. Y sólo podemos ser valiosos, dignos de la humanidad que queremos, si desde el presente procuramos que lo que viene, el futuro, se haya sacudido la perversa maquinaria del mercado. Si no lo logramos, debemos decirle al futuro: por favor no nos recordéis pues solo merecemos el silencio.



* En la Revista Praxis, Nos. 47-48, aparece este artículo de Vargas Llosa.

EL SIGLO DE LOS TOTALITARISMOS O DE LA PREHISTORIA A LA HISTORIA

Guillermo Paz (economista)

Comentar algo de Rodrigo Quesada es de por sí un honor, no lo digo por lisonja o porque se me dispense lo que habré de expresar, sino en reconocimiento a su solidez cultural, profesional y por supuesto a la persona, que bajo un rostro con apariencia osca, tiene un alma que busca perennemente su libertad, y en ella, la de todos nosotros.

Pero indudablemente el haber aceptado ser comentarista, no contemplaba las dimensiones y los alcances explicativos e interpretativos de la investigación realizada.

Un esfuerzo teórico, metodológico, conceptual, de soporte bibliográfico y de actitud ante el devenir histórico, de la magnitud contenida en el texto, se torna, para decir lo menos complicado su comentario. Y esto porque lo expuesto en el libro no es una descripción lineal de acontecimientos espectaculares acaecidos durante más de un siglo, ni es tampoco un juzgamiento moral de personajes, sucesos o hechos aislados.

Indudablemente es más que eso. Es una interpretación, explicación y perspectiva de lo que el ser humano ha realizado o dejado de hacer en un período histórico que cerca, o cercanamente, nos ha tocado vivir y además les tocará vivir a las postreras generaciones del siglo XX.

Un poco más de 100 años en la historia de la humanidad es poco menos que un rasguño en más de 45 millones de años de estadía de nuestros ancestros sobre este planeta, pero estos últimos 100 años, o *El siglo de los totalitarismos* de Rodrigo, son definitivamente un brinco, una acometida sin retorno, a otra historia, o como algunos dicen, son el asalto a la historia desde la hasta hoy sobrevivida prehistoria.

Rodrigo nos hace ver que este siglo, no uno más del paso del hombre sobre la tierra, y es singular, cuando además de lo estudiado, explicado y razonado, sabemos que hace escasamente unos cuantos años se colocó el primer satélite artificial circunvalando la tierra, eso por los años 60. Luego vino Laika, una perra, a vernos desde el espacio y morir en él; posteriormente un ser humano, Gagarin, salió de la tierra durante un breve tiempo, cuestión que para los seres humanos era como dejar la casa y la familia por vez primera.

Todo esto gestado en el Totalitarismo de Planificación Centralizada o de Capitalismo de Estado como lo tipifica Rodrigo.

Se llegó a la Luna, se caminó por ella a pie y en vehículos, se escudriñaron todos los planetas del sistema solar y a miles de millones de kilómetros andan artefactos terrícolas enviando constantemente información. Astronautas Soviéticos subieron al espacio cuando la Unión Soviética era potencia mundial y bajaron unos cuantos meses después y atónitos encontraron que aquel Estado se había desintegrado como potencia mundial; bajaron simplemente a Rusia.

Esto sucedió en pleno Totalitarismo de Mercado.

Y no hay que olvidar que todo el comienzo de este avance sobre el universo empezó bajo el totalitarismo nazi con los cohetes V2 disparados contra Inglaterra, o si se quiere ir más allá, en el Despotismo de las Sociedades Hidráulicas de China, donde se inventó y utilizó la pólvora. Asiáticos antiguos que a su vez fueron los progenitores de las culturas esquimal, cheyen, tolteca, azteca, maya, guaimí, malekus, aimara, inca y mohicana, de donde algunos de nosotros venimos y que descubrieron con precisión los conceptos de tiempo, espacio y movimiento, pero no aquel que Rodrigo señala como el impulsor inafigable de la actual sociedad: el rendimiento, que volatilizó los antiguos conceptos civilizados humanos.

Hoy vivimos en un planeta convertido en una aldea por las comunicaciones, los sistemas de información, los alcances científicos y tecnológicos. En este sentido estamos casi en el principio de la historia y sin embargo la mayoría de nuestras realizaciones siguen estando en la prehistoria. Y esto es lo que Rodrigo Quesada nos explica y hace

comprender a lo largo del examen de los totalitarismos del presente siglo.

Los logros alcanzados en algunas esferas de la actividad humana, son como destellos en medio de un mundo dominado por las fuerzas de la rentabilidad. Así como la muerte iguala a todos los seres vivos, la rentabilidad, nos dice Rodrigo, iguala los sistemas económico-sociales modernos y así, el capitalismo de mercado (democracia occidental), como el de estado (socialismo real) tienden a los mismos resultados, aunque por diferentes caminos y métodos.

Esta idea es central en el aporte conceptual del autor, de donde se desprende una lectura e interpretación diferentes de la historia de las sociedades, los sistemas y los Estados. De manera magistral el autor analiza los pormenores de cómo, cuándo y por qué se constituyeron estas expresiones del capitalismo total, dando lugar a los programas y los gulak, a Hitler y Stalin, economías de mercado y economías social de mercado.

Sin embargo en el proceso de configuración de los totalitarismos, se da un proceso de colonización y descolonización, de crecimiento y profundas crisis económicas, de guerras mundiales y guerras de liberación, revoluciones y contrarrevoluciones, búsquedas y encuentros de identidades nacionales, crisis de los sistemas, de los estados y gobiernos.

Todo este ir y venir de los procesos sociales, económicos, políticos, militares, culturales, sus virtudes y horrores están finamente concatenados a lo largo del escrito, de manera que el lector casi puede vivir los acontecimientos.

Pero a pesar de que estamos ante un análisis global de la historia contemporánea, de los grandes movimientos que influyeron e influyen en el derrotero de la totalidad de la sociedad, no se deja de lado lo concerniente a sociedades como las nuestras, adentrándonos en hechos tan significativos para el área como la revolución guatemalteca del 44-54, la cubana del 59 o la nicaragüense del pasado decenio. Nos hace ver muy claramente que nuestra fisonomía sigue estando anclada fuertemente en los rasgos del siglo diecinueve y que la búsqueda de nuestra identidad continúa.

En fin, la investigación desentraña y pone en orden comprensivo multitud de hechos, que en apariencia, los encontramos o nos los enseñan aislamente. Solo este hecho refleja la capacidad de síntesis en el manejo de datos históricos del autor, logrando una composición raras veces conseguida.

Además no se puede dejar de señalar tres cuestiones importantes del libro.

1. La obra es fruto de una extensa investigación que debe de abarcar buena parte de la vida profesional e íntima del autor, de vivencias con otras personas, países y culturas; de largas horas de meditación, abstracción e imaginación. Tenemos, sin lugar a dudas una obra erudita, alrededor de 300 textos citados, que además le permiten al lector ubicar y dado el caso consultarlos de manera puntual y sin pérdida temática, casi como si tuviera descriptores. En cuanto a la estructura formal del libro, los capítulos están presentados con divisiones internas y conclusiones, lo cual consciente lecturas y consultas indivi-

dualizadas, sin perder la totalidad de lo que está tratando, es decir considerando sus raíces.

Este es un logro didáctico, muy pocas veces conseguido en un libro, mostrando fehacientemente el gran esfuerzo intelectual y espiritual del autor por el lector.

Por otra parte, el estilo de la exposición lleva al lector a seguir la lectura de principio a fin. Usa un lenguaje coloquial donde va hilvanando acontecimientos, fechas, personajes, conceptos, sentencias, conclusiones, etc., sin perder rigurosidad teórica y metodológica. Se logra una lectura fluida, pero al mismo tiempo de gran densidad conceptual.

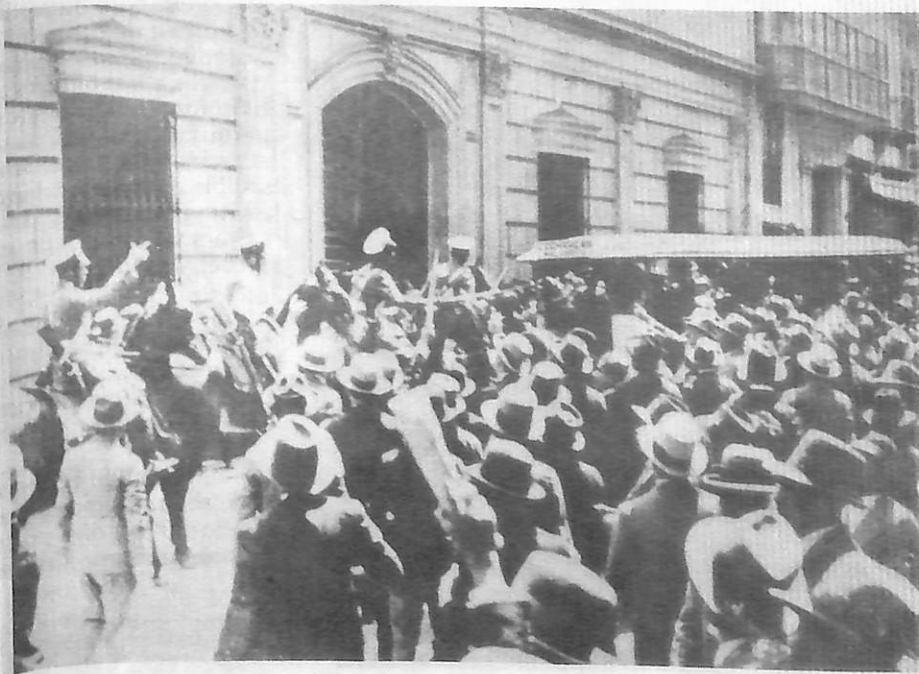
2. En la introducción Rodrigo nos pone al corriente del método utilizado y advierte que no faltará «alguien que por ahí gritará Marxista», sin embargo esto carece de importancia. Lo crucial es la impecable utilización metodológica del materialismo histórico y dialéctico, de las categorías de la economía política y del manejo puntual del bagaje conceptual de disciplinas como la Psicología, Sociología, Antropología, Literatura, etc. Todo ello es lo que ha permitido darnos una visión global del conjunto de *El siglo de los totalitarismos* y una explicación coherente de principio a fin de camino recorrido por la humanidad y sus sistemas en el último siglo.

3. En lo que concierne a nosotros como individuos y como colectividad, también universitaria, lo escrito va mostrando paso a paso las luchas del hombre por lograr, o utilizando una palabra de Rodrigo, merodear, nuevos estadios de libertad, democracia y humanismo, pero al mismo tiempo muestra los estancamientos, retrocesos, repeticiones y frustraciones. Hoy día «los condenados de la tierra» en el decir de Franz Fanon, parecieran no tener salida.

Toda aquella fe creada alrededor de la utopía socialista, se derrumbó con los muros, la Glasnot y Perestroikas. Más que el fracaso del socialismo fue el descubrimiento de que este no había asomado ni su sombra. Muchísimos perdieron la fe, la esperanza en la capacidad de merodear su dignidad y utopía, cambiando, sin ni siquiera dar un suspiro, por el pragmatismo utilitario de sus personales rendimientos.

Sin embargo, hay gentes que como Rodrigo se preguntan y se responden:

«¿Se ha quedado entonces sin alternativas culturales (y políticas apunto) el hombre de las postrimerías del siglo XX...?, porque si partimos de la hipótesis de que al derrumbarse el leninismo, la social democracia, el sindicalismo y la misma noción de estado, estamos ingresando a una nueva era cultural de signo posmodernista, sustancializada por un individualismo a ultranza, entonces podremos eventualmente legitimar el renacimiento del racismo, del guerrerismo y de otras, no tan nuevas expresiones del imperialismo. La debacle todavía está en curso, pero esto no significa que el derecho a soñar vaya a tener que desaparecer también».



TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apdo. 86-3000
Costa Rica, América Central
Teléfono 237-6363
Extensión 307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Mario Oliva Medina,
coordinador
Lic. Gerardo César Hurtado
Dra. Zaida Fonseca Herrera
Lic. Fernando Arturo Arce Vargas

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Marta Rojas Bolaños

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro



Impreso en
el Departamento de Publicaciones
Universidad Nacional

DE LA ALDEA A LA HISTORIA PLANETARIA

Mario Oliva

«Quien no sienta la alegría infinita de estar aquí, en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como el creador de nueva vida, está incapacitado para escribir historia».
Moreno Fragnalis

Las visitas de Rodrigo Quesada al Centro de Estudios Generales, se han vuelto una rutina enriquecedora y ejemplar. En los dos últimos años ha compartido con nosotros, hemos dialogado con sus conocimientos en cursos y seminarios; publicamos en Tópicos del Humanismo su artículo «El paraíso perdido» balance crítico de la historiografía costarricense de los últimos 20 años. A fines del año pasado asumimos la publicación de su libro *Una invitación a vivir*, donde relata su experiencia alcohólica con honestidad y valentía poco común entre nosotros, de la cual sale agigantado como hombre. Hoy nos convoca para comentar su libro sobre el siglo XX. Cuatro grandes universos nos propone:

1. El universo del capitalismo total 1873-1919.
2. El universo de los totalitarismos 1820-1990.
3. El universo de la guerra fría 1950-1985 y el último sobre la historia inmediata.
4. El universo de la posmodernidad 1985-1991.

La elaboración del trabajo está fundamentada en una bibliografía realmente impresionante, más de 350 títulos de libros, revistas, artículos, apoyados por materiales como mapas, cuadros, tablas y una iconografía en algunos casos poco conocida en nuestro medio que sirve para hacer más accesible este libro, de formato poco corpulento pero, por su fondo, es de lo mejor producido en los últimos años, en cuanto a ensayo histórico se refiere.

Pero el asunto no para allí, se trata de una lectura y un manejo creativo de las obras consultadas; para construir, sus propios argumentos y un discurso histórico acuñado desde la teoría y las nociones que permiten ir del dato a la noción y viceversa.

Conviene saber que estamos ante un historiador marxista que entiende su oficio como herramienta para la transformación del presente. A cada vuelta de página un alegato contra el academicismo, contra todas las formas de acomodamiento al orden establecido.

Moreno Fragnalis ha puesto de manifiesto que la historiografía tradicional establece como axiomas universales ciertas premisas científicas como las siguientes.

Los hechos recientes no pueden ser analizados correctamente por el historiador: es necesario que el tiempo los decante, calme las pasiones y fije los valores.

No se puede juzgar el pasado con criterios del presente. El historiador ha de ser desapasionado.

Estas reglas historiográficas tan estudiadas entre los historiadores en nuestros medios son verdades parciales, es decir, muestras a medias. El propósito es no sólo que el historiador se aparte de la vida y se arrincone hasta intoxicarse entre el polvo de los documentos viejos, mientras más viejos mejor.

Rodrigo Quesada, rompe con esta forma de neutralizar al

historiador, se resiste a ser un intelectual tullido, minusválido. Y emprende la tarea de comprender y hacernos comprender la historia actual, esa que quema y arde en nuestras propias narices; con un espíritu universal y creador.

Tres reflexiones generales

1. En su preocupación por comprender el siglo XX y desentrañar la dinámica y los mecanismos del capitalismo actual, el autor descuida un asunto que desde nuestro punto de vista debilita el libro. Esto es pensar la historia del continente desde nuestras circunstancias históricas y geográficas. García Monge en 1929 preguntaba a los intelectuales del Continente lo siguiente ¿América para los americanos? ¿América para la humanidad?

Cercano a nosotros Sergio Marras en su libro *A.L. Marca Registrada* lo planteaba en estos términos. «Quizás el único sueño bolivariano vigente sea integrarnos a un mundo esencial, en el que América Latina puede ser, con toda su experiencia de miseria y grandeza».

Un aporte a su condominio universal, a una mundialización inteligente.

Esto significa para nosotros un análisis profundo y sostenido de nuestras circunstancias y procesos que nos determinan en lo interno y fijar nuestras relaciones en lo externo.

2. Por otra parte, es necesario tener que relacionar esta modernidad periférica con la crisis que enfrenta la propia modernidad mundial en los centros del sistema. Dicho en breve, a relacionar nuestra esforzada modernidad latinoamericana con esa hidra ambigua que, por carecer de nombre, se llama asimismo posmodernidad.
3. Por último, está claro es que los grandes proyectos sociales han fallado; ya sea por sus prácticas totalitarias y/o exclusión de amplios sectores de la sociedad. Hoy nos encontramos como observa Pablo González Casanova, ante la presencia de un nuevo proyecto de democracia universal. Para alcanzarla los planteamientos son múltiples.

En cualquier caso el diálogo universal se hace necesario para construir la fuerza capaz de resolver el incremento de la población, la distribución menos inequitativa de la riqueza, la preservación del medio ambiente, el fin de las distintas formas de la depredación, explotación, marginación y exclusión. Y esos objetivos sólo se alcanzarán en el camino de una democracia universal con poder efectivo de los pueblos que permita resolver con la libertad de pensar, de hablar, de elegir, de organizarse los problemas de seguridad de las organizaciones populares y sus líderes, y de la economía de la asistencia de esa humanidad que se encuentra en la pobreza y que lucha por salir de ella.